

PARTIDA DE BRIDGE

LA entrada tenía doble portal. Desde la puerta principal hasta el pomo superior de la barandilla se extendía un cordón de yute. Cuando sonaba el timbre, surgía la misma pregunta: "¿Quién es?". La respuesta no llegaba clara; a veces se escuchaba un "soy yo" difícil de identificar.

—Perdona, Mercedes. No te he reconocido. Vamos a la sala. A mi madre le gustará verte.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—¿Y tú?

—Mal. El trabajo me fatiga. La escuela es agotadora. Tengo que conllevar la vida de mi madre; por eso organizo las partidas de bridge.

—Ella no juega.

—Cierto. Sin embargo, las espera; quizás busque allí soluciones.

—¿Y tu hermano Ernesto?

—Ayuda cuanto puede; a veces acompaña a mi madre.

—Venid —exclamó la voz de doña Rosario.

—Enseguida —respondió Elvira.

La mujer esperaba, sentada en un sillón de mimbre. Su obesidad parecía excesiva. El rostro conservaba tersura; la mirada era clara y tranquila; las manos descansaban, cruzadas, sobre el abdomen, mientras los pulgares iniciaban un juego rotatorio.



—Buenos días, hija. ¡dichosos los ojos! Es una pena que no nos frecuentes más y te aproveches. El bridge debe ser juego entretenido. Elvira cocina, para la merienda, buenos bizcochos.

Ya en la escalera, Mercedes confesó a su amiga:

—Anoche vi a Enrique. Me dijo que no encuentra explicación a tu silencio.

—Elvira se ruborizó.

—¡Elvira...! —gritó doña Rosario— ¿Adónde fue Encarnita?

—A comprar; los sábados son malos días.

—De cualquier modo se retrasa; las cosas no estarán en orden a la hora del bridge.

Elvira calló, y observó a su madre, sentada en aquel sillón, como simple presencia.

Encarnita retiraba los últimos platos de la mesa. Ernesto la contemplaba, en sus diecisiete años, mientras encendía la pipa con lentitud.

La anciana preguntó:

—¿Quién ha llamado?

—Los chicos se entretienen pulsando el timbre —pareció fingir Encarnita.

Luego, esperando órdenes, miró a Elvira, que negó con el gesto. Se percibieron frases en la escalera. Elvira oyó la voz de Enrique: "Necesito hablarle. Quizás ésta sea la última oportunidad".

Encarnita volvió sin comentar, y se dispuso a continuar el trabajo.

Nadie más llamó. Empezó a oscurecer. Doña Rosario se retiró, alegando indisposición; al marchar, dirigió una mirada a la baraja, colocada sobre la mesa.

Aparecían ocho manos sobre el tapete; las cartas iban y venían. La mirada, todavía viva, de la anciana pasaba de las manos a los rostros; reía con las ganadoras, y se entristecía con la suerte contraria. De repente cambiaba de expresión: "Esto del bridge, ¡menuda tontería! Si yo tuviera piernas" —parecía pensar.



—Dime Emilita, ¿Se casó tu hermano? ¿Sabéis de tu tía? —preguntaba.

—Todo va bien.

—Julia, ¿Te devolvió Andrés aquel dinero?

Julia se ensombreció.

Tan pronto hubo terminado la partida, Encarnita trajo la merienda. Doña Rosario se arrellanó en su asiento; sus ojos ávidos iban de rostro en rostro.

Sucedían las tardes alrededor de la mesa camilla: cartas en abanico, café, té, y doña Rosario presidiendo aquel orden. Al llegar la primavera, se espaciaron las reuniones. Uno de esos días, Encarnita habló a Elvira:

—Quiero marcharme. Mi madre afirma que esta casa trae mala suerte, y que se me va notando la soltería.

—¡Qué cosas dices! Puedes tomar esta decisión, pero no debes creer en supersticiones.

Encarnita dejó aquella casa. Ernesto llegó antes de la hora acostumbrada y permaneció en pie, junto a la mesa, observando el juego.

Durante la cena, la ausencia de Encarnita pesaba. Ernesto comía en silencio. Siempre trataba con humor los problemas; por eso su actitud preocupada, tras la desaparición de la muchacha, causó extrañeza. Doña Rosario, con sus insistencias, le obligó a explicar:

—He recibido noticias positivas sobre mi traslado —confesó.

—No te marcharás; estamos en nuestra ciudad y en nuestra casa —sentenció su madre.

—Está decidido —concluyó Ernesto.

El rostro de doña Rosario enrojeció; sus manos apretaron el sillón con impotencia.

Habían pasado dos años desde la ausencia de Ernesto. Doña Rosario miró la hora y se levantó con dificultad, segura de que Elvira pulsaría el timbre a las cinco. Así sucedió: Elvira llegó, y, tras conducir a su madre al sillón, fue a buscar las cartas y el tapete de juego. La espera de visitantes se hacía, a veces, interminable; la mayoría de las tardes, inútil. Cuando, después de varios días de expectación, acudían, doña Rosario se mostraba eufórica; su figura aparecía relevante; la mirada, vivaz, penetraba las cartas.



Así transcurría la vida de las dos mujeres. Sólo la presencia de Martina, nieta de un antiguo casero de la familia, era novedad. Elvira, cansada y envejecida, procuró esta niña para compañía de su madre durante las horas que ella trabajaba.

Las jornadas eran duras. Cuando Elvira se retiraba a descansar, quedaba inmediatamente vencida. Doña Rosario, en permanente insomnio, suspiraba y preguntaba:

—¿Me abandonarás tú también?

—De ninguna manera —replicaba Elvira.

Las preguntas, incisivas, interminables, se sucedían en las noches. Algunas quedaban sin respuesta, cubiertas por la quietud del sueño.

